

EL LOCO DE MODA

DE
LUIS ENRIQUE OSORIO

Apoteosis de la Violencia en un acto, estrenada en esta versión definitiva en el Teatro de la Comedia de Bogotá, en noviembre de 1961, por el grupo escénico de la Universidad de América, con el siguiente reparto:

EL LOCO	Eduardo Osorio Cañón
LA LOCA	Ligia Luzuriaga
EL DOCTOR	Alberto Cepeda Zubieta
EL REPORTER	Carlos Rentería

Habitación de paredes blancas y techo alto, en cuyo centro hay una claraboya protegida con fuertes barrotes de hierro. A la derecha del público, puerta que se abre para el lado de la escena y es en todo igual a la de las cajas de seguridad. Al fondo, dos celdas cuyas entradas están defendidas por gruesos barrotes, también de hierro, como los de las jaulas de un jardín zoológico. En la celda de la izquierda se ve sentada una mujer harapienta que monologa con incoherencia y se tira con rabia las sucias y descompuestas greñas. En la de la derecha, sobre un camastro pegado a la pared del fondo, duerme tranquilamente un hombre de luengas e hirsutas barbas negras. Abrese la puerta y entra el Doctor, un anciano amable, jorobado y calvo, que viste delantal blanco.

DOCTOR. – Pase usted. Pase usted.

(Entra el REPORTER, joven pobemente vestido que trae en una mano el lápiz y en otra la libreta de apuntes, y mira todo con temor mal disimulado),

REPORTER. – Gracias, doctor.

DOCTOR. – Aquí tiene usted lo más interesante que puede poner en su crónica. A estos dos locos ha habido que enjaularlos como fieras; porque rompen la camisa de fuerza y tienen la obsesión de matar.

REPORTER. – Las rejas no podrán romperlas...

DOCTOR. – Ese hombre que está ahí dormido las desprende a veces. Tiene músculos de acero.

REPORTER. – *(Retrocediendo, asustado).* ¿Eh?...

DOCTOR. – No se alarme usted. En el caso de que intentara hacerlo, tendríamos tiempo de salir... Además, aquí todo está previsto. Esa puerta posee el mecanismo de una caja fuerte. Sólo puede abrirse por la parte de afuera, y ni un titán es capaz de derribarla.

LA LOCA. – (Broncamente). ¡Te oigo, miserable!

REPORTER. – ¿Por qué, en vez de construir esa puerta, no aseguraron mejor los barrotes de las jaulas?

DOCTOR. – Por humanitarismo. Conviene darle al loco la oportunidad de hacer daños. Acostumbramos además a abrirle las rejas con frecuencia por control remoto.

REPORTER. – ¿Y cómo hacen para enjaularlos de nuevo?

DOCTOR. – Cuando están ya demasiado agresivos se les echan por esa claraboya gases lacrimógenos... Al rato están completamente dormidos.

REPORTER. – Entiendo... (Apunta). ¡Muy interesante!... Dígame, doctor: y al estar suelto ese hombre, ¿no intenta matar a la compañera?

LA LOCA. – (Para sí, sin mirarlos todavía). Esos brutos creen que hemos perdido el juicio.

DOCTOR. – Sucede algo inexplicable: los dos, al estar juntos, reaccionan por completo, son incapaces de hacerse el menor daño... y se ponen a idear el mejor sistema de acabar con la humanidad y quedarse ellos dos solos en el mundo.". Puede afirmarse una vez más, con el adagio vulgar, que entre sastres no se cobran hechuras.

REPORTER. – ¡Qué interesante! (Apunta).

DOCTOR. – Va a ver usted ahora a esa mujer en toda su ferocidad... Nada que tanto la irrite como que le golpeen la reja... Fíjese... (Toma un palo largo que está recargado en la pared, junto a la puerta, y golpea con él los barrotes de la LOCA).

LA LOCA. – (Se abalanza ferozmente de un salto contra la reja, extendiendo hacia fuera los brazos y mostrando los colmillos leoninos). ¡Ah!... ¡Miserable!... ¡Asesino!... ¡Fuiste tú quien me lo mató!... Agradece que no puedo salir de aquí... porque te aplastaría como a una víbora... (Ruge, tratando de desprender la reja).

REPORTER. – (Retrocediendo). ¡La arranca, doctor!

DOCTOR. – (Impasible y sonriente). No se asuste usted. Con ella no hay el menor peligro.

LA LOCA. – Acércate, canalla! No te escondas... ¿A que a mí no me matas como a él?... ¿A que a mí no te atreves a mostrarme siquiera el cuchillo que le enterraste en el vientre?

REPORTER. – ¿A quién se refiere?... ¿A usted o a mí?

DOCTOR. – A nadie... A un ser imaginario. ¿No se fijó usted en ese LOCO que va siempre huyendo de un incendio y da gritos desgarradores, porque siente que las llamas le devoran los pies?

REPORTER. – Sí, sí...

DOCTOR. – Esta mujer vive con la obsesión de que le han matado al ser que más quería... Toda persona que se le pone por delante es el asesino... Y ella se empeña en que ha de vengarse... Y con la fuerza que tiene... Usted comprenderá: si la dejan suelta...

REPORTER. – Veo que el extravío mental gira por lo común alrededor de una obsesión.

DOCTOR. – Son los paranoicos... Los paranoicos... Caso muy común en los manicomios, y también en los partidos políticos... Aunque también abundan en ambas partes los esquizofrénicos, que tienen la manía contraria: en nada perseveran, se contradicen...

REPORTER. – ¿No se ha inventado todavía una vacuna que cure esos males, o al menos los evite, como en los casos de tifo, viruela, poliomielitis....

DOCTOR. – ¡Ah, si se lograra ese milagro!...

REPORTER. – ¿Cree usted que sería salvador para la humanidad?

DOCTOR. – Tampoco. Yo al menos le tengo más miedo a la rutina que a la locura.

LOCA. – ¡Ya está!... ¡Ya eres mío!... ¡Ya te tengo!

REPORTER. – (**Corre a la puerta**).

DOCTOR. – No se asuste usted... No le haga caso... Está muy bien guardada.

REPORTER. – Usted comprenderá... Los nervios... La falta de costumbre... Y esta locura, ¿no tiene remedio, doctor?

DOCTOR. – En las enfermedades mentales suceden siempre cosas imprevistas. Mientras más estudia uno el asunto, mayor es el misterio. Lo único que ha podido definirse un poco es lo relativo a las leyes de la herencia... Todo hijo de un loco es posiblemente el papá de otro loco. Y como hay tantos que andan sueltos, y que aman la notoriedad... Por eso no puede organizarse el mundo de acuerdo con el sentido común.

REPORTER. – ¿Ha matado ella mucha gente?

DOCTOR. – ¡Cómo no! A un hermano cristiano, a un agente de policía y a un boxeador...

REPORTER. – ¡(Entusiasmado). ¡El clímax perfecto!

DOCTOR. – Y aquí mismo, en el manicomio, a un periodista que vino antes que usted.

REPORTER. – (De nuevo amedrentado). ¿En qué forma?

DOCTOR. – Estrangulándolos. Su trabajo es siempre manual.

REPORTER. – ¡Qué caso tan original! Sirve para algo más que una crónica: para una novela.

DOCTOR. – ¿También escribe usted novelas?

REPORTER. – Sí, doctor... Bueno: hasta ahora simples ensayos... Cultivo de preferencia el género trágico, que da ahora tanto tema en nuestro país... Pero me cuesta siempre mucho trabajo matar al protagonista con originalidad... ¡Se han agotado ya tantos recursos!... Necesito, para la próxima obra, encontrar procedimientos desconocidos hasta la fecha.

DOCTOR. – ¡Ah! Para eso, aquel buen hombre le enseñará cosas insospechadas.

REPORTER. – No lo despierte usted, doctor... ¡Puede abrir la jaula!

DOCTOR. – No tenga miedo... le cuesta bastante trabajo hacerlo y no le gusta que lo vean maniobrar... Es hombre de lo más extraño. Tiene la obsesión de matar y asesina por deporte, con la mayor sangre fría, como quien se come una almendra... Y es, además, lo contrario de esa mujer. Este no se inmuta jamás. Es de una calma llevada al extremo.

REPORTER. – ¿A cuántos ha matado?

DOCTOR. – No hay estadísticas. Porque al principio, cuando le creían cuerdo, iba preso después de un genocidio, y se fugaba con la mayor facilidad. Después de treinta carcelazos y evasiones, cuando le echaron mano la última vez, tuve ocasión de examinarlo y convencerme de que era irresponsable.

REPORTER. – ¡Un verdadero récord!

DOCTOR. – El sostenía que estaba en su derecho, porque al hombre le era indispensable matar lo mismo que comer y dormir; que la vida, por ley natural, solo puede defenderse mediante la muerte de otros seres; y que esto es lo que hacen el pez grande con el chico, y el león con la oveja, y el zorro con la gallina, y el gato con el ratón.

REPORTER. – Pues... No anda muy errado.

DOCTOR. – Va usted a oírlo (**Lo hurga con el palo**).

EL LOCO. – (**Se despereza, se sienta en el camastro y mira impasiblemente a los visitantes**). ¿Cómo está doctor?... (**Bosteza como un león**). ¿Bien acompañado, no?...

DOCTOR. – Vengo a presentarle a este amigo, que es REPORTER de La Verdad... Y desea hacerle algunas preguntas.

EL LOCO. – (**Se pone calmadamente en pie y va a la reja tendiendo la mano**). Complacidísimo... Mucho gusto de conocerlo.

REPORTER. – (**Retrocede hacia el lado de la otra jaula**). Lo mismo... Lo mismo.

EL LOCO. – ¿Me deja usted con la mano extendida?

LA LOCA. – (**Al retroceder el REPORTER, le agarra del saco**). ¡Ah! ¡Ya te tengo! ¡Asesino!

REPORTER. – (**Se libera de un salto, aterrado, y cae junto al LOCO**).

EL LOCO. – (**Tomándole la mano y apretándosela fuertemente**). Venga acá, mi amigo... ¡Si supiera usted la falta que me estaba haciendo un periodista!... ¡Estoy tan acostumbrado a que hablen de mí en primera página!

REPORTER. – Pues... a la orden...

DOCTOR. – (**Manifiesta terrible alarma y se acerca a la puerta como para pedir auxilio**).

EL LOCO. – No se afane, doctor... A este chico lo necesito vivo por lo pronto... Cuestión de propaganda... y algo de vanidad... pero, ¿es usted periodista sometido al criterio de las directivas políticas, de los anunciantes, de los suscriptores, o es periodista realmente libre?

REPORTER. – Completamente libre... Y a la orden.

EL LOCO. – Muy bien. Me interesa y me agrada (**lo suelta**).

DOCTOR. – (**Se tranquiliza y vuelve a su sitio**).

EL LOCO. – Usted es rara avis... Pero no se asuste... Aquí nada malo le puede pasar... Solo está expuesto a que lo matemos; pero eso es una cosa tan natural, tan insignificante...

REPORTER. – ¿No ama usted la vida?

EL LOCO. – Algo vale; pero me la han echado a perder, Para que podamos disfrutarle lo poco que brinda, es necesario que nos dejen hacer nuestra real

gana... Y ya ve usted: enjaulado me tienen... ¡Paciencia!... ¡Así vive al fin y al cabo toda la humanidad.... Yo hubiera preferido que me mataran, porque creo en el más allá, y espero que en otros mundos eso que llaman el orden social sea menos insensato... Esto de acá no es más que un bagazo cósmico, un esputo de Luzbel... Para colmo no solo suprimieron la pena de muerte, dizque por humanitarismo, sino que el doctor me hizo el flaco servicio de declararme loco.

DOCTOR. – Ese era mi deber, amigo. Síntomatológicamente, usted padece un desequilibrio mental, aunque no lo crea.

EL LOCO. – Toda mi locura consiste en que digo lo que pienso; en que no soy jefe político, y en consecuencia no mato por mano ajena, en que no me gradué de médico, y por eso mismo no trabajo con diploma ni con instrumental; y en que por no ser militar, ataco solo y no en gavilla... Pero como casi todos ellos, me gusta ver las entrañas del prójimo.

REPORTER. – ¿Cuándo mató usted la primera vez?

EL LOCO. – Eso ni se pregunta. Cuando tuve uso de razón.

REPORTER. – ¿Cuál fue su asesinato predilecto?

EL LOCO. – El de la mujer que yo más quería... ¡Ah, las mujeres!

REPORTER. – ¿Qué clase de muerte es la que más le gusta dar?

EL LOCO. – Eso depende de las circunstancias. Me agrada el hara-kiri de los japoneses... Pero en pellejo ajeno y a filo de uñas... Todo es vencer la débil resistencia del nudo umbilical, y ahí tiene usted a su discreción un manjar de dioses.

REPORTER. – ¿Cómo?... ¿Es usted antropófago?

EL LOCO. – No me considere tan primitivo... Apenas bebo sangre, Y a esto le debo en parte mi fortaleza física... ¿Por qué se escandaliza?... En el fondo, ¿no es eso lo mismo y aún más sencillo que una transfusión?

REPORTER. – (*Aterrado*). Más o menos si...

EL LOCO. – ¡Jeringas a mí!... No faltaba más... Me cansé, sin embargo, del primer sistema y pasé a la escuela de Enrique VIII... ¡Si viera usted qué fácil es desprender una cabeza del tronco. Lo mismo que arrancar una fruta madura. ¡Y qué hermoso espectáculo!... Salta un chorro de sangre tibia, como el surtidor de un jardín.

REPORTER. – ¿Siente usted hoy la misma afición?

EL LOCO. – Fortalecida, Bien sabe usted que la privación es causa del apetito.

REPORTER. – (*Anotando nerviosamente*). ¿Proyecta algo nuevo?

EL LOCO. –Vagamente... No se sabe a qué refinamientos hayan de llevarnos la guerra fría... Y el arte moderno...

REPORTER. – Creo que ya es suficiente... ¿Nos vamos, doctor?

DOCTOR. – Cuando usted guste.

REPORTER. – Hasta luego, entonces.

EL LOCO. –Envíeme un ejemplar del periódico en que publique este reportaje... Es para mi álbum de recortes.

REPORTER. – Lo haré con mucho gusto.

EL LOCO. – Y cuidado con equivocarse. Que si algún día salgo vivo de aquí, convertiré el sistema del paredón en muestrario de mariposas.

REPORTER. – Procuraré dejarlo satisfecho. Y tenga la seguridad de que mis lectores van a deleitarse.

(*El REPORTER y el DOCTOR van a la puerta*).

DOCTOR. – ¿Ve usted?... Esta puerta, una vez cerrada, solo por fuera puede abrirse, mediante una combinación que no conocemos sino los enfermeros y yo.

EL LOCO. – (*Echa mano al palo, que el DOCTOR ha dejado contra la pared; y lo dirige hacia la puerta entre abierta; pero no alcanza*).

DOCTOR.-Para el caso de que ella se cerrara estando uno de nosotros dentro, se ha instalado este timbre, que tiene sus llamadas ya convenidas,

REPORTER. –¿Se ha presentado el caso de que alguien se quede encerrado?

DOCTOR. – No. Pero es bueno tenerlo todo previsto.

EL LOCO. – (*Se acerca al extremo de la reja y estira el palo de nuevo; pero le faltan algunos centímetros aún para tocar la puerta*).

REPORTER. – ¿Nos vamos ya, doctor?

DOCTOR. – Nos vamos, sí... (*Abre la puerta un poco más*).

REPORTER. – Pase usted, doctor.

DOCTOR. – No. ¡Usted primero!... ¡Tenga la bondad!

REPORTER. – No, señor... Usted... Usted...

EL LOCO. – (*Empuja la puerta con el palo y la cierra de un golpe*).

REPORTER. – ¡Uy!

DOCTOR. – ¿Se ha cerrado?

REPORTER. – (*Forzándola*). Si.

DOCTOR. – ¡Qué calamidad! Hay que tocar el timbre inmediatamente.

EL LOCO. – Es inútil, doctor... En mi última salida, como también entiendo algo de electricidad, lo desconecté,

REPORTER. – (*Golpeando la puerta con desesperación*), ¡Abran! ¡Abran!

DOCTOR. – No. No haga usted eso. Como no nos vieron entrar, van a creer que son los locos y nos echan los gases lacrimógenos.

REPORTER. – ¿Qué hacemos, doctor?

LA LOCA. – ¡No grites, bandido! ¡Nada logras con gritar! ¡Bajo mis pies has de morir! ¡Destripado! (*Se retuerce contra la reja*).

EL LOCO. – (*Apacible*). Así los quería ver, mis amigos. Así los quería ver... Ahora son mis huéspedes.

DOCTOR. – Venga usted, me le subo en los hombros, para llamar por la claraboya.

EL LOCO. – (*Comienza a forzar los barrotes sin inmutarse*).

DOCTOR. – (*Se sube en los hombros del periodista y grita*). ¡Lucio! ¡Samuel! Abran la puertaaaa...

REPORTER. – ¿No contestan?

DOCTOR. – No... Luciooooo... Samueeeeel...

LOCA. – ¡No me aturdas, infame!... ¡Ni te escapes, infame....Te alcanzaré...

DOCTOR. – ¡Samueeeeel!...

REPORTER. – Socorro o o oo o.... ¡No resisto más, doctor!

(*La reja del LOCO comienza a ceder*).

DOCTOR. – ¿Tiene usted un arma?

REPORTER, –El cortaplumas, nada más.

EL LOCO. – (*Retira los barrotes*). Ya está... (*Sale*). Y ahora, a hacer los honores de amo de casa.

DOCTOR. – (*Se baja de los hombros del periodista y corre aterrorizado a la derecha*).

REPORTER. – ¡Ay, doctor! (*Lo sigue*).

LOCA. – ¡No te vayas, miserable!... ¡No te escapes, víbora.... Vas a probar el mismo cuchillo que le enterraste a él.

EL LOCO. – No se preocupen... Esto no tiene nada de particular... (*Al REPORTER*). Voy apenas a hacer algo a lo vivo, para que usted pueda dar una información más detallada. Los periódicos prefieren el caso de sangre a cualquier inquietud intelectual.

REPORTER. – No, no...

LOCA. – ¡Acércate, canalla!

EL LOCO. – (*Para sí, después de reflexionar*). Viéndolo bien, aunque ella no es tan de mi gusto como para que yo le haga el favor de matarla, ha dado en gritar más de lo conveniente... y me fastidia... (*Al REPORTER*). A ella he procurado enamorarla para darle la muerte cuando más me quiera... Imposible hallar placer como el de matar a una persona que nos ame, porque así no hay peligro de que nos olvide ni de que nos engañe... (*Resueltamente*). Voy a abrirle la jaula (*la abre*).

LA LOCA. – (*Sale disparada contra el REPORTER*). ¡Ah!... ¡Al fin!... ¡Ahora sí!

REPORTER. – ¡Doctor! (*Corre a la jaula de la LOCA seguido por el DOCTOR, y cierra la reja*).

LA LOCA. – (*Yendo tras ellos*). Me las pagarán... ¡Ahora sí!

EL LOCO. – (*Cerrando bien la jaula y agarrando a la LOCA*). ¡Ven acá!

LA LOCA. – Déjame.

EL LOCO. – Déjalos ahí enjaulados. Están locos.

LA LOCA. – Quiero matarlos.

EL LOCO. – Ten un poco de cordura. Mejor es condenarlos a la impunidad.

LA LOCA. – El mató al único ser que me quería... Le enterró un cuchillo en el

vientre.

EL LOCO. – No te afanes... Lo matarás... Pero aguarda... ¡Es tan agradable demorar los hechos cuando está uno seguro de hacerlos!

DOCTOR. – ¡Luciooooo!... ¡Samueeeeeel!

EL LOCO. – Calladito, doctor... No más cacareos... ¡Ni que estuvieran ya torciéndole el pescuezo!

LA LOCA. – (**Llorando**). El lo mató... El lo mató... Tú lo viste... Le enterró un cuchillo en el viente.

EL LOCO. – No llores... Consuélate... Voy a decirte algo que no sabes.

LA LOCA. – Quiero saber, amor mío... (**Le acaricia la cabeza**) Estás muerto... Estás sangrando... Pero hablas... Y me puedes besar... Yo te vengaré del que te mató.

EL LOCO. – Tú no sabes quién lo mató... Yo sí... Voy a decírtelo.

LA LOCA. – (**Besándolo**). Dímelo... ¡Dímelo!... ¡Quiero saberlo... ¡Para vengarme!

EL LOCO. – Lo maté yo.

LA LOCA. – (**Reaccionando brutalmente**). ¿Tú?

EL LOCO. – Yo.

LA LOCA. – (**Bronca y energúmena**). ¡Ah!... ¡Miserable!... ¡Te aplastare como a una víbora! (**Lo agarra, por el cuello**).

EL LOCO. – (**Forcejeando**). Tienes fuerza... (**Lucha con ella**). Otro se daría por vencido (**la agarra del cuello**)... Pero yo no (**la estrangula**).

LA LOCA. – (**Da bramidos que se convierten en un grito horriblemente angustioso y cae desplomada**).

EL LOCO. – Es infalible (**reflexiona y se dirige al REPORTER**). ¿Ha visto usted.... Nada vale resistirse ante un profesional... Pero esta vieja era de mala sangre... Ni la probaré. Les dejamos ese aperitivo a los cuervos... Ahora... (**Reflexiona**) ahora voy a proporcionarle a usted un espectáculo totalmente distinto: el de una persona que no ofrece la más mínima resistencia... (**Abre la reja**). Venga acá, doctor, a ver si el médico que le suceda en el puesto me declara cuerdo y hasta forma conmigo un frente único en defensa de los derechos humanos.

DOCTOR. – Luciooooo.". Samueeeeeel...

EL LOCO. – No grite, que eso es falta de elegancia... Venga acá.

REPORTER. – ¡Por favor, no!.., ¡Por su madre!

EL LOCO. – (**Conmovido**). Mi madre... Me toca usted la cuerda más sensible... A ella también la decapité... Era tan buena, tan santa, que no merecía vivir... Cuando bebí su sangre, me pareció que volvía a ser mío, y que ella me amamantaba amorosamente... No tuve tiempo de ser ingrato... Venga acá, doctor. ¿No viene? Entraré yo entonces... (**Entra a la celda**).

REPORTER. – (**Sale disparado**).

EL LOCO. – (**Al REPORTER**). No se aleje mucho... Venga acá... Quiero que vea bien. .., Este será un gran detalle informativo... La edición de mañana se agotará.

REPORTER. – No... No quiero ver.

EL LOCO. – ¿No quiere ver... y es autor de tragedias? Pues va a perder un gran motivo de inspiración (**Penetra en el interior de la celda y desaparece con el DOCTOR**).

DOCTOR. – (**Da un gemido desgarrador, que se ahoga en estertores de asfixia**).

EL LOCO. – (**Sale con las barbas rojas de sangre**). Venga usted a ver... Como las fuentes de Versalles... Como las de Shoen-Brunn... Como las de México... (**Va a él y le toma del brazo**). Observe... El desenlace que andaba buscando.

REPORTER. – (**Mira al interior y vuelve, horrorizado, la cabeza para otra parte**). ¡Uy!

EL LOCO. – ¿Se horroriza usted por tan poca cosa?... Si así son todos los escritores que se las dan de originales y estrambóticos... (**Va al interior y trae el delantal del DOCTOR, rojo de sangre**).. Aquí le tengo un dibujo modernista para la carátula... Una obra maestra de surrealismo y abstraccionismo... ¿Ya tomó usted nota de todo lo que ha visto?

REPORTER. – (**Escribiendo con mano temblorosa**). Sí, señor...

EL LOCO.. – Ahora va a escribir lo suyo.

REPORTER. – (**En el colmo del espanto**). ¿Cómo?

EL LOCO. – Lo suyo... Lo que le va a pasar a usted ahora, mi amigo... Es un nuevo procedimiento que se me acaba de ocurrir.

REPORTER. – ¡Oh!... ¡No! (**Corre sin saber para dónde**).

EL LOCO. – No se inquiete, mi amigo. Piense que va a pasar a la historia como mártir de su deber. El Círculo de Periodistas le hará una estatua mejor que la de La Pola.

REPORTER. – (**Esgrime el cortaplumas en un rincón**).

EL LOCO. – Sáquele punta al lápiz.

REPORTER. – Sí, señor. (**Lo hace automáticamente**).

EL LOCO. – Y escriba... Pero dígame ante todo: ¿es verdad que ustedes los artistas tienen el corazón muy grande y muy blando?

REPORTER. – Eso dicen; sí señor.

EL LOCO. – Escriba entonces: la vida es un círculo vicioso, y la muerte también... Después de tanto modernismo, hay que volver al sistema azteca... hay que arrancar el corazón a las víctimas...

REPORTER. –.Víctimas...

EL LOCO. –Y para cerciorarse que el de los artistas es blando y grande, hay que comérselo.

REPORTER. – Está usted bromeando, ¿no es cierto?

EL LOCO. – Dígame: ¿cuánto le pagan a usted por sus reportajes?

REPORTER. – Todavía nada.

EL LOCO. – ¿Y cuánto le producen sus novelas?

REPORTER. – Pérdidas... Tengo que imprimirlas por mi cuenta y no hay quién las distribuya, ni los libreros quieren venderlas.

EL LOCO. –Y en esas condiciones acepta usted esta clase de peligros... Venga acá, mi amigo. Pensé que, para salvar el reportaje, debía dejarlo ir... Pero usted me inspira una gran ternura... Una inmensa lástima... Usted no es alma de este mundo.

REPORTER. – (**Grita, se resiste y trata, en vano de apuñalear al LOCO**). No... No... No...

EL LOCO. – Démonos prisa, muchacho, porque ya están funcionando los gases... (**Lo lleva al interior de la celda... Los gritos se apagan... Luego sale mordiendo un pequeño objeto renegrido**). Mentira... Chiquito y duro... Duro como un hueso...

EL APUNTADOR. – (***En la concha o entre bastidores***). No hay tales corazones de artista.

EL LOCO. – (***Extrañado***). ¿Qué?

EL APUNTADOR. – (***Mas alto***). No hay tales corazones de artista.

EL LOCO. – ¿Y qué pasa con eso?

EL APUNTADOR. – (***Asomándose***). Que es la frase final.

EL LOCO. – ¿Y usted quién es?

EL APUNTADOR. – El apuntador.

EL LOCO. – ¿Qué tengo yo que ver con usted?

EL APUNTADOR. – Soy el que le sopló el papel entre bastidores.

EL LOCO. – ¿De manera que esta tragedia no es obra mía? ¿Que debo decir y hacer lo que tú me dictas desde tu escondite, anónimamente? ¿Que no soy sino vil instrumento de tus caprichos?... ¡Y yo que estaba orgulloso de mis conceptos y de mis crímenes! Ven acá, badulaque... Has debido ser el primero en morir (***Io sacude***).

EL APUNTADOR. – (***Batiendo el libreto como ala de ave vencida***). ¡Socorro!... ¡Socorro!...

EL LOCO. – (***Ahorcándolo***). Fuera de este mundo... ¡Pronto!... Quiero tener las manos libres cuando salga el autor... Después ya podré entrar a un convento... o volverme campeón de la democracia.

TELÓN